

La paráfrasis: juego, acción enunciativa y reconocimiento

Raymundo Mier Garza*

RESUMEN

La paráfrasis existe en una compleja gama de hechos discursivos: explicación, especificación, traducción, reformulación, transmutación, síntesis, explicación, eufemismo, ironía, parodia, pastiche, mimesis, analogía, alegoría y transformación mítica. En ellos, más que semejanza, hay un “aire de familia”, aunque en todos se ponen en correspondencia dos expresiones: una frase “responde” por otra, un enunciado “dialoga” con otro. La relación no precede al par, sino que emerge de él. Se crea por múltiples factores: la forma de cada expresión, su modo de composición, el uso que se hace de ellas, el acto de lenguaje en el que participan o al que dan lugar. Sus condiciones, heterogéneas, son las de la cultura y ahí aparece toda la experiencia lingüística.

Palabras clave: *modos de significación; intersubjetividad; condiciones sistemáticas; contingencia.*

ABSTRACT

Paraphrase exists across a complex range of discourse events: explanation, specification, translation, reformulation, transmutation, synthesis, euphemism, irony, parody, pastiche, mimesis, analogy, allegory and mythical transformation. In all of these, more than a similarity, there is a family resemblance, even though each of the two expressions are placed in correspondence: one phrase responds to the other, one utterance dialogues with the other. The relationship does not precede this pair, but rather emerges from it. Multiple factors create it: the form of each expression, their modes of composition, their use, and the language act in which they participate or take place. Its heterogeneous conditions are the very conditions of culture and therein appears all linguistic experience.

Key words: *modes of meaning; intersubjectivity; systematic conditions; contingency.*

* Doctor en filosofía, profesor-investigador en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco.

LA PARÁFRASIS: VERTIENTES GENEALÓGICAS

La paráfrasis ha suscitado siempre una radical extrañeza cuando se le mira desde el punto de vista del significado estricto de las palabras y las frases involucradas en él. Acentúa los contrastes entre la significación léxica y la que emerge de las frases, la que parece propia de la lengua y la que emerge del uso, la que se suscita por las condiciones formales del ordenamiento de los componentes lingüísticos y la que deriva de la experiencia de los sujetos y su incidencia en la génesis del sentido. Así, si bien la paráfrasis es algo que “ocurre” en el dominio de la significación, compromete todas las facetas de la experiencia lingüística, incluso aquellas derivadas de su forma gramatical, de sus patrones fonológicos y fonéticos, y de sus patrones de uso, en los que emergen modos de significación singulares. Al revelar las condiciones heterogéneas, complejas a un tiempo, estructurales y de uso, sistemáticas y contingentes, formales, pragmáticas e interpretativas, propias del lenguaje pero también de la cultura, la experiencia e incluso la incidencia pulsional de la subjetividad, la paráfrasis parece designar más bien un *ámbito* de expresiones y modalidades de significación diferenciadas que un hecho específico del lenguaje o de su uso.

Más que desplegar un conjunto de rasgos comunes, la paráfrasis parece dar lugar a enunciados que exhiben algunas veces una íntima relación, pero también, en otras, vagas analogías, apenas “un aire de familia”. El carácter elusivo de la paráfrasis parece derivar de un régimen de semejanza disperso, y de una mimesis errática que emerge no solamente entre las frases existentes, sino de las frases evocadas, expresamente o en silencio, tácitas, silenciadas, pero que inciden en la situación de uso del lenguaje, engendradas, acaso, por el acto mismo de su composición. La relación parafrástica involucra, al mismo tiempo, el presupuesto de una identidad de significados entre expresiones de desigual naturaleza lingüística, incluso no puramente léxicas, y con frecuencia radicalmente incomparables en su forma lingüística. Es una relación que incorpora desde frases de estricto correlato gramatical, una frase activa y una pasiva, hasta las que confrontan expresiones de naturaleza lingüística inconmensurable: la traslación al régimen de frase del significado derivado de un tono musical de la lengua, de acentos, de

alargamientos sonoros, de patrones gestuales que acompañan la enunciación, o incluso de silencios.

Las tentativas de comprensión del carácter al mismo tiempo semántico y pragmático, incluso interpretativo que parece caracterizar la paráfrasis, tanto como su sustrato formal, gramatical o morfológico, han involucrado perspectivas cambiantes, histórica y disciplinariamente diferenciadas. Diversas tradiciones han caracterizado de manera divergente la naturaleza del proceso: unas para asumirlo como un hecho crucial, revelador de la naturaleza del lenguaje, otras para desplazarlo a los márgenes del lenguaje, como un hecho contingente, casi accidental, de la lengua. Otras, incluso, para excluirlo de la reflexión lingüística y asumirlo como una calidad propia del uso de la lengua, y concebir la equiparación de sus sentidos, de una semejanza atribuible a procesos del ámbito de la retórica.

La paráfrasis se hace patente como tal en la medida que una identidad perceptible de significaciones parece vincular expresiones lingüísticas más allá de una mera sinonimia. Se trata, entonces, de una semejanza en la significación que no deriva de la mera analogía puntual entre sus signos o sus componentes, sino que emerge, por el contrario, de múltiples factores: de la forma lingüística, del modo de composición de la expresión, del uso que se hace de ésta y del acto de lenguaje en el que participa o al que da lugar. La paráfrasis supone, consecuentemente, una concurrencia de sentido entre entidades formales y sustancialmente incomparables entre sí, aunque el grado de su diferencia formal y material sea extraordinariamente variado. Por otra parte, la complejidad de la paráfrasis, sus desafíos, no derivan sólo de la condición indeterminada de las entidades lingüísticas comprometidas en la relación parafrástica, sino también de la calidad cambiante de la “analogía” semántica que surge de cada operación de confrontación o de composición entre segmentos o expresiones de lenguaje. No hay transitividad en la relación parafrástica. Ésta pone en juego una semejanza “situacional”. Si la frase A es paráfrasis de la frase B y ésta es paráfrasis de la frase C, no necesariamente la frase A es paráfrasis de la frase C ni viceversa. Se revela el carácter radicalmente equívoco de la semejanza y se advierte una calidad propia del semantismo engendrado en la relación parafrástica. Así se ha hecho posible hablar de

paráfrasis cuando se advierte una relación entre expresiones cuyas diferencias van desde un grado de radical proximidad, como se ha hecho en la tradición gramatical, que admite una relación parafrástica entre una oración con formaciones pronominales o no pronominales, o hasta un grado de paráfrasis “distante” entre entidades extrañas, acaso incomparables, como la que podría reconocerse entre una frase y un párrafo, entre una onomatopeya y una frase o un texto, o incluso entre una alusión, un sobreentendido, una marca de enunciación, un presupuesto o una implicación de una frase, cuyas paráfrasis dan lugar a un discurso entero o incluso a una forma semiótica heterogénea: una imagen gráfica, un gesto, una inflexión sonora, entre otras. Podría ampliarse esta distancia todavía más al incluir, como relación parafrástica, la correspondencia semántica entre formaciones plásticas, musicales, gestuales y corporales y verbales.

Así, la relación parafrástica desmiente la mera reducción a analogía, mimesis o semejanza. Acaso sería preciso hablar de una correspondencia entre las expresiones: una manera de asumir que una frase “responde” por la otra, que un enunciado “dialoga” con otro. Así, es posible asumir que la *correspondencia* —que en ocasiones se confunde con analogía— entre enunciados surgidos de *actos enunciativos diferenciados* es lo que rige la relación de paráfrasis. Responde, en consecuencia, a criterios específicos, pero imposibles de articular en una gramaticalidad formal. Son regulaciones que derivan del acto mismo de la creación y reconocimiento de la paráfrasis. Esta noción no pone en juego meramente un juicio de similaridad semántica, analogía o traslación literal. La complejidad de la correspondencia entre enunciados excede plenamente la mera expresión lingüística o semiótica de los enunciados. Incorpora el acto de enunciación. La correspondencia revela, entonces, la *composición* de *actos* radicalmente distintos: el acto de crear un enunciado similar a otro no es “comparable” al de crear una paráfrasis; en ésta las expresiones *reclaman* una correspondencia. Ésta supone, pues, la compleja conjugación de todos los elementos formales, contextuales —culturales e históricos— entre estos actos inconmensurables con las formas expresivas plasmadas en los enunciados. La correspondencia comprende, así, las modalidades enunciativas, y son éstas las que se despliegan, a su vez, en las facetas de la significación parafrástica, equiparables

a *modalidades* de la paráfrasis. Así, en el marco del universo considerado como enunciados parafrásticos podemos contar toda la vasta y compleja gama de actos diferenciados: explicación, especificación, traducción, reformulación, transmutación (Jakobson), síntesis, explicitación, eufemismo, ironía, parodia, pastiche, mimesis, analogías —incluyendo las diversas facetas y modalidades de correspondencias metafóricas o metonímicas—, formaciones narrativas, como la alegoría, y transformaciones entre variantes míticas. Todos ellos hacen patente la correspondencia entre enunciados de partida y de llegada, pero exhiben modalidades diferenciadas derivadas de correspondencias propias, específicas.

La definición, no exenta de tonos paradójicos y equívocos, que el lenguaje ordinario destina a la paráfrasis es sintética: “decir de otro modo lo mismo”. Son evidentes los elementos erráticos de esta definición, el sentido oscuro de esa fórmula breve y esquemática. Sin embargo, emerge de ella un conjunto de facetas que es preciso interrogar. La noción implica una separación entre formación de lenguaje y significación. Supone, así, dos entidades de lenguaje, formal y materialmente distintas, que pueden dar lugar a significados idénticos o, por lo menos, equiparables desde *algún* punto de vista. Por otra parte, aludir a las modalidades del decir no remite a conceptos nítidos ni a marcos específicos para la comprensión, pero pone el acento en la necesidad de esclarecerla: la paráfrasis invoca una comprensión de las modalidades enunciativas, semánticas y narrativas. La noción de “un mismo significado”, adicionalmente, está lejos de ser inequívoca, no sólo porque alude a procesos, naturaleza y destinos diferenciados de la significación que emergen en cada caso, sino porque supone calidades diversas de la “mismidad”. Esa “misma” significación es aprehendida de diversas maneras: a veces aparece como diferentes modalidades de la mimesis, otras como analogía, o bien como similitud, repetición, reformulación, iteración, recursividad, recapitulación, expresión analítica o sintética —entendidas como figuras divergentes, no negativas, de la identidad: la síntesis no puede ser entendida, de ninguna manera, como una operación “negativa” del análisis—. Cada una de ellas deriva de vertientes y procesos distintos de la significación e involucra, incluso, operaciones psíquicas que hacen intervenir de manera incomparable las condiciones imaginarias de la cognición. Cada una de estas “modalidades”

expresivas de la mismidad revela propiedades y calidades diferenciadas del proceso de semiosis que emerge en la operación de composición de los enunciados. Más aún, la paráfrasis, entendida como la creación de una composición —las expresiones que entran en una relación parafrástica no preservan su identidad, la relación parafrástica las trastoca, induce inflexiones semánticas propias de la relación parafrástica misma, conforman un proceso singular—, implica una conjugación y una tensión entre enunciados, reclama una condición contextual, un entorno relevante para la confrontación y la composición de los enunciados. La relación parafrástica explora y suscita las potencialidades de significación de las expresiones comprometidas en ella: la correspondencia entre los enunciados no precede a su composición, sino que emerge de ella, en condiciones de interacción y de intersubjetividad determinadas.

Catherine Fuchs,¹ sin dejar de reconocer el peso de las tradiciones no lingüísticas en la comprensión de la paráfrasis, en particular la retórica y la lógica, reconoce en la génesis contemporánea de la visión lingüística de la paráfrasis cuando menos tres vertientes que hacen patentes las interrogaciones persistentes acerca del sentido, el dominio y la amplitud del concepto de paráfrasis. La primera es el desarrollo de las concepciones formales de la información y los modelos automáticos de análisis y síntesis del lenguaje; la segunda emerge de la relevancia de los modelos gramaticales en los estudios del lenguaje verbal, que tuvo su origen y su impulso primordial en los modelos de la gramática generativa y que ahora se ha diversificado a partir de la multiplicación de las perspectivas de análisis lingüístico contemporáneas; y la tercera son las múltiples exploraciones de la noción de significación y sentido, que se han conjugado recientemente con los diversos y rigurosos desarrollos de la discursividad, la argumentación y la narratividad, tanto con las propuestas emanadas de la fenomenología como con las aproximaciones hermenéuticas para revelar la densidad propia del concepto de significación involucrado en la paráfrasis. Es preciso añadir a este panorama las vertientes de la pragmática y el interaccionismo simbólico que no han dejado de incidir en la comprensión de la paráfrasis para revelar la relevancia que cobran para su inteligibilidad la ritualidad,

¹ Catherine Fuchs, *La paraphrase*, París, Presses Universitaires de France, 1982, pp. 17-18.

los marcos simbólicos de acción recíproca, la instauración de hábitos y las situaciones de creación y recreación de las identidades culturales colectivas. No obstante, estas vertientes no agotan las visiones que concurren actualmente para multiplicar y diversificar las aproximaciones a la paráfrasis. Las reflexiones de carácter semántico inherentes a la concepción de lo simbólico en la antropología estructural han repercutido en la comprensión no sólo de las dimensiones narrativas de la paráfrasis —en particular de la noción de transformación aplicada a las variantes narrativas de los mitos, que puede concebirse, de cierta manera, como un juego parafrástico—, sino en sus alcances y su relevancia en los procesos culturales, y en el amplio e inextinguible debate acerca de las nociones de lo simbólico y lo imaginario. La noción de transformación narrativa, planteada por Lévi-Strauss a partir de un esquematismo conceptual invariante como régimen de significación “más allá de la significación” propiamente narrativa de los mitos, ha permitido formular preguntas cruciales respecto a los fundamentos de lo simbólico; preguntas que repercuten profundamente en las concepciones de identidad semántica. La noción de paráfrasis, erigida sobre presupuestos inanalizados sobre identidad semántica, ha sido interrogada en sus fundamentos a partir de las reflexiones antropológicas. Pero éstas no han trastocado sólo el propio ámbito de la antropología, sino que han conmovido la reflexión sobre lo político, la ética y la estética, y con ello el papel de la identidad semántica y sus transformaciones en la experiencia y la génesis de las formas de vida. Estas contribuciones, pese a su condición aparentemente periférica, no han dejado de incidir en una tópica constitutiva de la paráfrasis: comprender su génesis y su relevancia a la luz de su participación en la creación de patrones de comprensión simbólicos, construcciones cognitivas, dependencias culturales, vínculos intersubjetivos y éticos, alternativas estéticas, pero también, de manera cardinal, en el papel de la paráfrasis en la instauración de “estrategias de interacción” dinámicas, fluidas, flexibles destinadas a alentar la creación de nuevas pautas de acción simbólica local, en la génesis colectiva de formas de vida; la paráfrasis adquiere una relevancia decisiva en la adecuación de los patrones normativos de la cultura a las dinámicas de la experiencia y al surgimiento de núcleos de conflicto, de acontecimientos, de quebrantamientos y experiencias que rompen la

estabilidad de la norma vigente. Por añadidura, los desafíos de la comprensión teórica de la paráfrasis, al incorporar la perspectiva fenomenológica contemporánea a las aproximaciones sobre el significado, y en particular a la reflexión sobre las modalidades de la significación, han puesto en relieve otra dimensión adicional que no escapó a algunas de las perspectivas hermenéuticas contemporáneas —en particular la orientada por la obra de Paul Ricoeur: la de la intervención del sujeto, no sólo a partir del eje de la comprensión y la conciencia, sino de su inscripción pulsional y deseante.

PARÁFRASIS: ACERCAMIENTOS CONCEPTUALES

Es patente que las diversas paráfrasis no involucran necesariamente una proyección puntual que haga equiparables los diversos planos de funcionamiento lingüístico. Sin embargo, un enunciado que surge como una paráfrasis no puede ofrecerse jamás como una expresión analógica, sino como una “síntesis indicativa” o una “derivación analítica” de formas lingüísticas propias del enunciado de partida, o una composición de ambas. Éstas sólo encuentran su sentido en la *relevancia* del acto enunciativo. La relevancia es una condición definitiva para acotar el espectro de posibilidades de significación de la paráfrasis. La relevancia no es un juicio intuitivo. Es una puesta en juego de las distintas facetas que se conjugan para dar forma a la experiencia del sujeto. Surge, a su vez, de una síntesis de impulsos cardinales: por una parte los que acotan, desde las condiciones formales de la lengua, la amplitud y la fuerza estructurante de los enunciados, y por otra los que emergen de los patrones de interacción y las calidades del vínculo con el otro —cognitivos, afectivos y pulsionales—, de la experiencia propia del sujeto. La relevancia establece las modalidades de incidencia de la síntesis indicativa, de la derivación analítica o de las diferentes potencialidades de su composición en la conformación de la paráfrasis. Formalmente, se abre una vía dual para la composición o el discernimiento de la paráfrasis a partir del peso que ella adquiera como fuerza ordenadora: o bien la “síntesis indicativa” o bien la “derivación analítica”. Es preciso advertir que tanto la síntesis como la derivación y sus posibles composiciones son

procesos recursivos. Es esta recursividad la que hace o bien evidente, casi transparente, o bien inmediata la inteligibilidad del carácter parafrástico de una expresión, o bien la perturba, tornando elusiva, oscura, incluso hermética la relación parafrástica.

Es posible, entonces, hablar de parafrasis engendradas desde formas recurrentes de las operaciones sintéticas y analíticas que conjugan el régimen gramatical con los patrones semánticos y pragmáticos, que desembocan en la “forma lingüística” de la parafrasis. También es posible, por lo tanto, tomar en consideración las derivaciones semánticas —que corresponden a lo que en ciertas aproximaciones se ha llamado significados connotativos— que expresan en el enunciado parafrástico la síntesis de patrones semánticos o de formaciones argumentativas del enunciado de partida. Esta síntesis apela tanto a proyecciones puntuales de constelaciones de sinónimos o paralelismos gramaticales que se conjugan en una nueva expresión lingüística como a patrones derivados por la intervención de otras operaciones retóricas o simbólicas. Es preciso advertir que en la parafrasis en ningún caso son sólo estas correspondencias estructurales o sistémicas las que definen la relación parafrástica. Sólo *indican* operaciones de correspondencia no sistémica, con frecuencia apuntaladas en el proceso de enunciación, las cuales establecen y estabilizan la correspondencia entre las significaciones.

La otra vía para la creación parafrástica, la de la derivación analítica, involucra diversas estrategias: o bien el desdoblamiento analítico de las huellas enunciativas y de partículas no sistémicas —nombres propios, elementos léxicos derivados de esferas terminológicas de uso o validez restringida, formas lingüísticas residuales, anacrónicas, que mantienen su vigencia aislada en universos lingüísticos extraños, metáforas “cristalizadas” (transformadas en entidades léxicas de significación convencional), entre otras— o bien el *desdoblamiento* semántico de elementos de significación explícitos, tácitos, implícitos, presupuestos o sobreentendidos, puestos en juego por el proceso enunciativo del enunciado de partida. Asimismo, la derivación analítica da lugar a expresiones lingüísticas que confieren una formulación expresa a las condiciones enunciativas —lo que a partir de la reflexión crucial de Jakobson se ha dado en llamar *enunciación enunciada*, que corresponde al modo de funcionamiento de la categoría verbal *testimonial*— que se integran de manera sintética

en el sentido del enunciado parafrástico. Sin embargo, ni el proceso de síntesis indicativa ni el de derivación analítica son producto de procedimientos o reglas definidas, prescritas o prohibidas. Es posible encontrar aquí todo un conjunto de operaciones de derivación lógica que involucran implicaciones, presuposiciones, operaciones de conjunción y de disyunción lógica, y diversos proyectos de los procesos y referenciales. No obstante, es posible aún hablar de otros juegos parafrásticos, derivados de modalidades y usos de carácter pragmático, semiótico o interpretativo. Se trata de derivaciones parafrásticas que culminan o bien en acciones o bien en expresiones significativas que involucran materias, signos, espacios como sonoridades, relativos a patrones de significación no verbales, y referencias singulares a procesos culturales o subjetivos.

Por su parte, la semántica de orientación lógica comparte, en su contribución a la reflexión sobre la paráfrasis, la necesidad de que los enunciados involucrados contengan una identidad de significado, entendida como una coincidencia referencial que permanece inalterada a pesar de corresponder a dos proposiciones lógicas diferentes. En la formulación de Frege, que preservan una misma referencia (*Bedeutung*, literalmente significado) con una diferencia de sentido (*Sinn*). Así, en su célebre ejemplo de dos proposiciones de sentido diferente y referencia común, Frege alude a dos enunciados que podríamos asumir como vinculados por una relación parafrástica —el que refiere al planeta Venus como “la estrella matutina” (*Morgenstern*) y el que lo nombra como “la estrella vespertina” (*Abendstern*)²—. Ambas expresiones exhiben una discordancia de sentido, pero su relación parafrástica está sustentada por la identidad referencial. Este dualismo de sentido y un “núcleo semántico” compartido son, sin duda, parte de las condiciones que equiparan esta relación lógica con una relación parafrástica. No obstante, la relación parafrástica no tiene como condición necesaria y suficiente este dualismo constituido por “identidad referencial” y discordia de sentido. Aun es posible asumir como enunciados parafrásticos aquellos que involucran una relación de “proximidades” o “parentescos” de sentido. Así, las condiciones lógicas de funcionamiento parafrástico de los enun-

² Gottlob Frege, “Über Sinn und Bedeutung”, en *Funktion, Begriff und Bedeutung*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1986, p. 41.

ciados se diversifican. La paráfrasis remite de manera incierta o bien a una comunidad de referencia entre enunciados o bien a significados comunes de enunciados diferentes, o bien a interpretaciones comparables, equiparables de actos, de situaciones, de objetos de discurso, o de identidades simbólicas cualesquiera.

A partir de la década de los sesenta, y apuntada en la llamada “teoría *standard*”, la gramática generativa propuso un conjunto de perspectivas y criterios formales para reconocer una relación parafrástica partiendo de reglas gramaticales. Se sugirió que era posible distinguir cierto tipo de paráfrasis que surgía entre oraciones distintas derivadas de un subconjunto común de reglas y mecanismos propiamente sintácticos; más tarde, a partir de las polémicas sobre el papel generativo o no del componente semántico, y al surgir con fuerza la propuesta de una semántica formal desprendida de los modelos generativos, se culminó en una visión de la paráfrasis centrada en paralelismos de procesos cognitivos. No obstante, pronto se hizo patente que la paráfrasis no sólo involucraba a los regímenes “modulares” que en la mente apuntalaban la regulación autónoma de la gramática y la semántica, sino también a aquellos que comprometían la percepción, la memoria, la afectividad o, incluso, los procesos psíquicos “inconscientes”. La paráfrasis surgía, en esta perspectiva, de dos fuentes posibles: una inherente a la forma gramatical misma y otra derivada de condiciones, situaciones, pautas de uso, modalidades culturales extrínsecas a la lengua y referidas a distintos tipos de capacidades de los sujetos en su desempeño lingüístico.

El papel que confirieron las aproximaciones lingüísticas de base gramatical a la paráfrasis inherente a las diferentes interpretaciones semánticas de frases, derivadas de una misma estructura “profunda” y diversificadas mediante reglas de transformación, dejó, sin embargo, sin elucidar el problema semántico determinante: el de la naturaleza de la identidad semántica. No obstante, las polémicas sobre la relación de determinación entre el componente semántico y el componente sintáctico que culminaron en la modelación de alternativas cognitivas para la comprensión del lenguaje pusieron a la luz nuevas facetas de la paráfrasis. Los procesos de ostensión, el reconocimiento de la calidad compleja de la *deixis*. Ésta involucra una *fuerza* indicativa desplegada desde la formación lingüística que se bifurca hacia un ordenamiento

figural (imaginario) de la referencia y el entorno simbólico de la enunciación y hacia la modalización del enunciado, surgida del vínculo del sujeto que enuncia con su propia expresión simbólica. La *deixis* expresa, así, en su capacidad expresiva, las condiciones del intercambio entre el sujeto de la enunciación y el receptor del enunciado. La paráfrasis emerge de una concurrencia de procesos de enunciación en tensión, con frecuencia tácitos, que suponen una composición compleja de los procesos deícticos. La modalidad enunciativa de la expresión de partida es un factor decisivo, incorporado dialógicamente en la génesis de la expresión parafrástica. Al referirse, expresa o tácitamente, a la modalidad del enunciado de partida e incorporarlo a la composición de su propia expresión, la paráfrasis engendra, por consiguiente, una dimensión metalingüística inherente a su propio proceso. La paráfrasis privilegia la modalidad de una *deixis* metalingüística que da lugar a un dualismo de los tiempos del reconocimiento semántico de la frase: toda paráfrasis supone referencias anafóricas y catafóricas que, por otra parte, pueden suscitar tensiones semánticas intrafrásticas o interfrásticas. La *deixis* pone en evidencia, cuando menos, tres calidades distintas de la ostensión a partir de la naturaleza de su objeto referencial: la *deixis* orientada a poner en relieve los objetos perceptuales del entorno, capaces de desplegarse como presencias relevantes para la comprensión de la forma lingüística proferida en situación; la *deixis* que invoca y pone un acento afectivo y fantasmático sobre los objetos imaginados, sobre los objetos que emergen a la percepción a partir de la fuerza de evocación propia de la formación semántica en juego; y la *deixis* orientada a objetos lingüísticos o semióticos —o bien reconocibles por catálisis a partir de relaciones sistémicas, o bien expresamente indicados en estructuras frásticas y discursivas, o bien referidos a formaciones verbales tácitas, implícitas, presupuestas, o sobreentendidas.

Hay un sentido deíctico de los enunciados afectivos que señala un proceso sensorial y perceptivo imposible de figurar o desplegar a la percepción del otro: los enunciados de la experiencia del dolor, el sufrimiento o el placer. Éstos son una matriz inextinguible de enunciados parafrásticos, imposibilitados de acogerse a una identidad semántica compartida. No hay sino paráfrasis de los signos de sufrimiento o de placer, y ninguna de ellas asume, y mucho menos comparte, una refe-

rencia común, un significado inequívoco. Así, cada modalidad de la *deixis* da lugar a modos particulares de la paráfrasis en la medida que impone calidades e inflexiones particulares a la interpretación semántica del discurso. Habrá que añadir, además, que todas las entidades léxicas que involucran un *uso* categoremático (en oposición a “sincategoremático”), es decir, que suponen una fuerza referencial, conllevan alguna —o múltiples— modalidad deíctica como condición de inteligibilidad de su propia significación léxica. Incluso apuntando a imágenes mentales, figuras percibidas, señales y huellas de intensidades afectivas, o símbolos expresos, esa fuerza deíctica no es discreta, sino continua, y su peso en la significación no puede derivar sino de la posición del sujeto de la enunciación y de las modalidades enunciativas. Éstas definen, de manera crucial, la relevancia de la forma lingüística en la aprehensión de la paráfrasis. Estas calidades discordantes de la *deixis* suponen ya consecuencias cognitivas de largo alcance involucradas en la aprehensión de “la referencia” y en el conjunto de impulsos psíquicos que rige la génesis de la experiencia. Así, la paráfrasis tiene un doble foco de génesis en la matriz gramática de la lengua: no sólo la derivación formal de la frase, sino las estructuras que reclaman para su significación sintáctica la identificación y la aprehensión semántica de los elementos de un entorno definido de manera estrictamente discursiva, es decir, aquellos que apelan a la capacidad de recrear la experiencia del actuar, en relación con el otro, en formas y patrones narrativos.

A pesar de referir a formaciones gramaticales y a formas y procesos lingüísticos de relativa estabilidad estructural, no hay reglas para engendrar ni para reconocer una paráfrasis. Y, sin embargo, la paráfrasis no sólo es reconocible como tal, sino que el proceso de creación de correspondencias semánticas que desencadena tiene varios desenlaces cognitivos posibles: consolidar una certeza o bien disiparla. O bien proyectarla sobre un régimen conceptual menos equívoco, menos ambiguo, o bien disipar los perfiles de alguna interpretación definida, poniendo en juego una vasta gama de potencialidades evocativas e interpretativas, y explorar las capacidades alusivas de la “imaginación material” inherente a los enunciados simbólicos, invocando su fuerza poética. De esos desenlaces posibles surge una relación íntima constitutiva entre las potencias de la inteligibilidad y la imaginación derivada de la acción

reflexiva del lenguaje. También se hace evidente que la paráfrasis surge en consonancia con procesos interpretativos: la paráfrasis aparece donde fracasan todos los recursos de inteligibilidad inmediata, convencional, claramente expresiva de las acciones simbólicas, donde se revela la precariedad de todas las alternativas analógicas de interpretación, donde se hace patente la pobreza esquemática de todas las formas de derivación formal. La paráfrasis crea “otra” forma que engendra la inteligibilidad de la significación velada. Así, ajena a toda regla, se asume como un sentido engendrado entre dos expresiones necesariamente irreducibles una a la otra.

PARÁFRASIS Y ARGUMENTACIÓN

La intervención de la paráfrasis en la cognición y en los destinos de la certeza hace posible comprender la paráfrasis como el desenlace de una secuencia argumentativa tácita que involucra la derivación de corte deductivo o inductivo pero que está claramente definida por un momento abductivo. El enunciado parafrástico aparece, así, como un juicio que señala un momento de cohesión, pero también de enrarecimiento de la estructura argumentativa. Señala un momento de inflexión, un *non sequitur* eficaz, capaz, sin embargo, de engendrar cognición y acción relevante aunque inquietante, extraña a toda calculabilidad inferencial. Roland Barthes, en su reflexión sobre esta figura retórica, remite a la visión aristotélica:

(...) el entimema tiene el encanto de un camino, de un viaje: se parte de un punto que no tiene necesidad de ser probado y se va hacia otro punto que tiene necesidad de serlo; se tiene el sentimiento agradable (incluso si proviene de una fuerza) de descubrir lo nuevo por una especie de contagio natural, de capilaridad que extiende lo conocido (lo opinable) hacia lo desconocido.³

Los rasgos que Barthes atribuye, en la cauda de una reinterpretación aristotélica, al entimema, parecen ser pertinentes para la comprensión de

³ Roland Barthes, “L’ancienne rhétorique”, en *Oeuvres complètes III*, 5 vols., París, Seuil, 2002, p. 571.

la calidad argumentativa de la paráfrasis: la posibilidad de descubrir lo nuevo por “una especie de contagio natural”, poner en juego esa capilaridad de la significación que va de lo conocido a lo desconocido —y no sólo de lo desconocido a lo conocido—. Creación y disipación de las certezas: dos destinos de la paráfrasis. Este momento de viraje insólito en la regularidad de la inferencia hace inválido un proceso argumentativo meramente deductivo o inductivo que daría a la paráfrasis un carácter nítidamente anticipable y unívoco, necesario. La paráfrasis aparece como un “acontecer argumentativo”, cobra la fisonomía de un entimema cuya fractura, cuyos vacíos y silencios, derivan, sin embargo, en una inteligibilidad patente, en la realización consolidada de un saber inédito. La estructura argumentativa tácita en la paráfrasis aparece como una interferencia, una perturbación, una traslación parásita de la argumentación a un dominio inhóspito que a pesar de todo se revela pleno de sentido. Esta dislocación argumentativa hace patente la súbita disipación de los marcos formales de inferencia o derivación. De ahí el persistente impulso a desplazar la paráfrasis al dominio de la retórica, a confinarla a los recursos extrínsecos al lenguaje destinados a suscitar giros de sentido exorbitantes, acaso suplementarios a la sobriedad designativa de la lengua. La paráfrasis, para su reconocimiento, exhibe la *correspondencia* entre matrices formales de los enunciados en juego, una “sensación semántica” referida a la experiencia, ya sea en la composición o el reconocimiento de la paráfrasis, y un proceso de modulación del sentido mediante el cual se engendra la trama de correspondencias entre enunciados. La noción de “sensación semántica” requiere un momento de reflexión: no es sino una manera de nombrar una modalidad del significado fundada en la aparente inmediatez de la aprehensión de la aparente similitud o, más bien, la trama de correspondencia entre los enunciados; esta aprehensión emerge como una iluminación, como una epifanía; tiene la fuerza de las sensaciones. Emerge del texto como la aprehensión de una evidencia que, sin embargo, aparece opacamente, que reclama una elucidación en la conciencia. Este momento aparece como un germen de significado, como la irrupción de una materia significativa en dehiscencia, como la señal de una multiplicidad de rasgos potenciales de sentido que reclama un trayecto de síntesis para devenir significación. La idea de sensación semántica no remite a un “algo”, sino

a la experiencia de una fuerza de significación, engendrada y experimentada como una sensación que conduce a una composición de signos, a la formulación de juicios y su ordenamiento serial, con la derivación de un conjunto de juicios en otro, en un significado, en una certeza. Ese momento de la sensación podría asimilarse a lo que, siguiendo a Peirce, es posible denominar como el momento de iconicidad de un “proceso de semiosis” que termina, necesariamente, en la consolidación de una certeza, de un hábito, de una creencia. La paráfrasis transita, así, por todas las fases de la semiosis: la modalidad *icónica* —la de la sensación de la significación potencial de una calidad aprehendida de un vínculo entre objetos—, la modalidad *indicativa* —que corresponde al momento de correferencialidad de la paráfrasis— y la modalidad *argumentativa* —que corresponde al momento abductivo de la paráfrasis—. En cada una de estas fases no ofrece sino un juego de tensiones, un entrecruzamiento de enlaces de sentido y de mimesis de figuración; un juego de espejos múltiple y abierto en el que un enunciado a la vez ilumina y desplaza al otro, lo vela, lo suplanta, pero también se somete a sus exigencias de reconocimiento, se conforma según sus horizontes; es a la vez su reemplazo y lo que expresa lo irremplazable del otro, es ese enunciado que se mimetiza con el otro para exaltar la imposibilidad de cualquier mimesis de la significación.

Así, la argumentación tácita, vaga, elusiva, “estratégica”, que vincula a un enunciado con aquellos con los que guarda una relación parafrásica, se ofrece como ajena a la lengua, extrínseca a las pautas denotativas de la significación, ajena por consiguiente a los rigores del léxico instituido y a los imperativos de la lengua. Se hace radicar en exigencias extrínsecas al ordenamiento propio de la gramática: remite a otra gramaticalidad para la que no se tiene una caracterización expresa, que no obedece a un universo clausurado y que adviene, como un acontecer, al lenguaje como un suplemento que incide sobre la significación, la “modula”. Esta gramaticalidad ha sido en ocasiones desplazada a las regulaciones que inciden, desde el entorno histórico y cultural, sobre el acto de composición narrativa —connotaciones, ordenamientos retóricos, reglas de género, criterios de verosimilitud—, sobre la densa red de exigencias que debe satisfacer la composición de todo relato: coherencia, consistencia en la secuencia “lógica” de las acciones, acepta-

bilidad funcional, inteligibilidad, verosimilitud en alguna de las esferas de un ámbito cultural y político expreso. Esas reglas “suplementarias” que inciden “desde fuera” sobre la construcción narrativa tienen su correspondencia en el acto de creación de la paráfrasis. Esa extrañeza, esa incidencia contingente de una regulación extrínseca a la lengua, basta para que la paráfrasis se ofrezca como una operación de significación adherente a la lengua, pero a la vez arraigada, incluso determinada en cierta medida por ella.

No obstante, ese “entorno” regulativo —retórica, connotación, verosimilitud, género— circunscribe la paráfrasis y la impregna, o incluso emerge de ella para luego decantarse como un peso extraño sobre su propio desempeño: la excede y la subyace, emerge de ella y la fecunda. Es su anticipación y su desenlace indefectible. De ahí que la paráfrasis haya sido relacionada —incluso confundida— con la connotación, o atribuida a una manifestación de un paradigma ideológico en el marco de confrontaciones políticas, o equiparada a expresiones de la verosimilitud. La paráfrasis, al derivar de estas regulaciones al mismo tiempo periféricas e internas de la lengua, inherentes al propio lenguaje y contingentes a él, admite fisonomías contrastantes: como marca de género, huella de una operación ideológica, posibilidad de traslación entre órdenes lingüísticos diferenciados, desplazamiento entre versiones textuales, pero también como vía privilegiada para la adquisición del lenguaje y para el reconocimiento metalingüístico, recurso dinámico de transformación semántica, instrumento de inteligibilidad, matriz metafórica, sustrato de la alegoría, forma privilegiada de la ficción. No hay adquisición de la lengua sin paráfrasis. Es la vía para la conformación primordial del léxico. La paráfrasis aparece en el origen de la experiencia simbólica, pero también es la que hace posible la prefiguración y el sentido de la muerte. De la muerte no se puede hablar si no es parafrásticamente. Define el momento de extinción y clausura del sentido, el umbral que señala toda simbolización. Pero la paráfrasis no tiene solamente estas calidades escatológicas, define cada momento de la experiencia; es la condición radical de la transformación de la lengua: la vía a través de la cual la mutación de los patrones culturales incide progresivamente sobre todos los estratos del orden del lenguaje.

LA PARÁFRASIS Y LAS TRANSFORMACIONES ENUNCIATIVAS:
EL METALENGUAJE

Retórica, reglas de género y metalenguaje concurren al régimen de la paráfrasis. Pero, como se ha sugerido ya, una de las modalidades cruciales del acto parafrástico podría caracterizarse como una modalidad metalingüística. La relación metalingüística, en sentido amplio, puede plantearse como un proceso dinámico de creación de sentido, derivado de una relación entre actos enunciativos que involucra una formación expresiva del lenguaje. Se trata, además, de un “pliegue” enunciativo, una expresión reflexiva cuyo objeto no es sino otro fragmento u otra forma expresiva del lenguaje, ya sea dentro del propio discurso, entre discursos patentes o bien entre discursos evocados o virtuales. Se abre, así, un vasto campo de operaciones metalingüísticas al que Roman Jakobson aludió esquemáticamente refiriéndose a dos operaciones: la que involucra la relación entre código y mensaje y la que se establece entre mensaje y mensaje.⁴ La asimetría de estas dos operaciones es patente, pero su condición parafrástica es sutil; remite a una modalidad particular de estas operaciones. Esta definición tiene un ámbito de laxitud y de incertidumbre en la medida que la noción de código es, en el ámbito de la significación, más una metáfora informática que un concepto formalmente definible: es imposible hablar del código de la lengua en términos formalmente consistentes; en su calidad metafórica, el código incluye un entorno abierto, indeterminado y “parcialmente ordenado” de regulaciones cuyos objetos pueden ser mensajes, segmentos de lenguaje, componentes verbales o semióticos de niveles y dimensiones no definidos. De ahí que la explicitación del código por un mensaje es simplemente una tentativa de expresar la inteligibilidad reflexiva de una forma de regulación, sus condiciones, sus efectos, su fuerza, su estabilidad. Por otra parte, el mensaje carece de definición estricta: no corresponde ni a una frase ni a una proposición, sino a un segmento, cuyo sentido y relevancia reclaman, para su instauración como objetos de explicitación, transformación, o expresión argumentativa, la formulación de un mensaje o serie de mensajes (paráfrasis) que

⁴ Roman Jakobson, “Les embrayeurs, les catégories verbales et le verbe russe”, en *Essais de linguistique générale*, París, Minuit, 1963, p. 177.

los tome como objetos. El mensaje, a su vez, emerge de una potencial operación parafrástica y la engendra. Más aún, múltiples formas y gamas del estilo indirecto, designadas por Jakobson como “mensajes que remiten a mensajes”, son de manera patente modalidades de la paráfrasis que, sin embargo, no comprometen proceso de codificación alguno. Remiten, por el contrario, a actos enunciativos que cobran la fuerza de una transfiguración del relato testimonial.

El acto metalingüístico difícilmente se circunscribe a una reiteración, insistencia, repetición o desarrollo analítico de entidades significativas previamente enunciadas. Mucho menos a una mera explicitación de los patrones de ordenamiento de los signos, ya sean fonológico, morfológico, gramatical o semántico. El acto metalingüístico crea un conjunto de matices formales y una modulación de las significaciones; suscita divergencias y abre alternativas discordantes de sentido en el enunciado. La correspondencia entre enunciados parafrásticos no sólo deja remanentes, facetas de sentido desdeñadas, omitidas, ignoradas, desplazadas entre los enunciados; también crea excedentes, introduce elementos extraños, inflexiones intempestivas. Al hacer patentes elementos tácitos, implícitos o presupuestos pone en juego facetas de la significación, sofocadas o latentes, que habían escapado al doble trabajo de síntesis propio de la enunciación y de su reconocimiento. No hay sinonimia en el acto metalingüístico, de la misma manera que es imposible hablar simplemente de explicitación, desarrollo, elucidación o normalización. El acto metalingüístico es al mismo tiempo todas estas operaciones y la génesis de un ámbito de significación no realizado previamente que deriva de la fuerza de algo que podría denominarse “pliegue enunciativo”.

En efecto, el acto metalingüístico involucra una multiplicidad de operaciones que podrían comprenderse de manera vaga como expansiones y comprensiones, operaciones al mismo tiempo analíticas y sintéticas propias de la significación. El acto metalingüístico supone un régimen parafrástico, pero no se circunscribe a él. El acto parafrástico tiene, de manera semejante, como se ha dicho, una dimensión metalingüística pero no se circunscribe a ella. El acto parafrástico puede destinarse a una reflexión metalingüística, pero, en cierta medida, la excede, la enrarece, o le otorga una certeza siempre anómala. La relación entre acto metalingüístico y juego composicional de análisis y síntesis lingüísticos,

lógicos y pragmáticos, es patente y al mismo tiempo indeterminada. El acto metalingüístico la hace surgir a la luz y nombra modos de relación entre los signos, y pone en relieve sus calidades: son facetas de la significación que a su vez condicionan toda significación y le son inherentes. El acto metalingüístico exhibe, así, un conjunto de elementos no dichos, tácitos, inferibles, destinados en apariencia a ser silenciosamente discernidos por el destinatario del mensaje, a configurarse como un saber sobre el lenguaje, como una “competencia”, pero cuya opacidad apareció como una condición dominante de la existencia del lenguaje mismo: la conjugación y composición de enunciado y acto enunciativo. Por el contrario, la paráfrasis añade a la reflexión metalingüística una exploración conjetural de las potencialidades de los enunciados. A diferencia de todo mecanismo analógico o con pretensiones de sinonimia, la paráfrasis pone el acento en la tensión surgida entre la significación del enunciado de partida, inferida o interpretada en un sistema canónico, y otra interpretación disyuntiva, expresada por el enunciado parafrástico, potencialmente derivada de un entrelazamiento de correspondencias entre ambos enunciados que aluden de manera oblicua o enrarecida a una constelación de elementos presentes o evocados, patentes o meramente discernibles en el enunciado y la enunciación. Así, podemos comprender como paráfrasis de “cierra la puerta cuando salgas” la expresión “estás expulsado”: no hay relación puntual entre la forma gramatical de una y otra, no hay relación sinonímica, no hay correferencialidad, no hay identidad denotativa de la significación. Y, sin embargo, lo que el segundo enunciado expresa es que “en nuestros hábitos instituidos, en nuestras configuraciones culturales, en situaciones de desigualdad jerárquica, y bajo ciertas modalidades de enunciación atribuibles al vínculo entre esos sujetos, se trazan las correspondencias que permitan esclarecer el sentido de ‘cerrar la puerta al salir’ como de asumir el acto de expulsión”. Éste, a su vez, expresa el significado que un cierto “código”, una regla de género, un conjunto de condiciones de verosimilitud, incierto, ambiguo, vago, atribuye a la frase “cierra la puerta al salir”. El enunciado expresado, que es este último, toma como objeto el enunciado tácito “estás expulsado” y lo modula según las prácticas de interacción, de cortesía, ciertas formas retóricas —eufemismo, metonimia, metáfora— para hacerlo aceptable, para engendrar convicción y

para apuntalar un saber no solamente sobre las instituciones y las identidades en juego, sino sobre la relación entre los sujetos y la situación involucrados en el acto de enunciación y los enunciados mismos.

Así, podemos involucrar en la comprensión de las modalidades parafrásticas un régimen de operaciones que involucra enunciados y enunciaciones diferentes: expresiones “indirectas” de la cita, el discurso referido, la intertextualidad e incluso los fenómenos de comportamiento discursivo sistémico que Bateson englobó en el término doble vínculo.⁵ Más aún, puesto que toda regla supone la posibilidad de su formulación discursiva expresa y la manifestación reconocible de su carácter normativo, un régimen parafrásticos específico surge de los mecanismos que la teoría sistémica de la interacción comunicativa denominó *metarregulación*: reglas que remiten a otras reglas, las modelan, las explicitan, las tornan inteligibles, las ordenan, intervienen en su estabilidad. Lo metalingüístico y lo metarregulatorio aparecen como variantes y sus enunciados respectivos habrán de ser definidos, entonces, como algo distinto de una mera elucidación, o una especificación, o, menos aún, como una explicitación de sentido que al margen de la literalidad habrá sido modalizado por una actitud patente y reconocible del enunciador. Metarregulación y metalenguaje crean un sentido al momento de referirse a algún enunciado en un juego parafrástico.

A diferencia del metalenguaje, la retórica pone el acento en procesos de conformación del discurso destinados a engendrar inflexiones, sentidos suplementarios, giros de sentido que emergen de formaciones simbólicas desprendidas de la forma lingüística, para desbordarla. Produce un régimen de significación profundamente arraigado en las condiciones de historicidad —y, por consiguiente, de género y de ideología— pero también en la experiencia, y la apertura del sujeto y de los

⁵ La noción de “doble vínculo” sugiere ahondar la vaguedad de la noción misma de paráfrasis. Sería posible caracterizarlo como aquel que se establece entre dos sujetos en relación sistémica de interacción y en cuyo marco, el acto de uno los sujetos, dotado de fuerza normativa sobre todo el espacio de interacción, expresa, con una *paráfrasis verbal negativa*, valores, conocimientos o teleologías que enunciados corporales y gestuales de acción expresan positivamente. Una ilustración habitual de esto es una situación (parafrástica) de interacción típica: al enunciado normativo enunciado en posición de fuerza: “aquí todos tenemos que respetarnos siempre”, se acompaña el gesto de desdén, de desprecio, de exclusión actuado por el mismo agente.

vínculos al acontecimiento, a lo que adviene. Hace patente la irrupción del sujeto y de las tramas de composición derivadas de las singularidades del deseo, el fantasma o la propia historia del sujeto. Así, la retórica da lugar a una forma de significación equívoca: implanta formas, apunala la institucionalización del sentido, genera clases y taxonomías de lo significado y lo significable, pero también da lugar a intensos impulsos de diferenciación discursiva —a los que se debe la posibilidad de reconocer la frase de partida y su paráfrasis—, a la conjugación de pulsiones a la deriva, anudamientos de sentido a la composición inaudita, singular, de formas significativas y regímenes dialógicos. Así, la retórica asume los dos impulsos propios de la paráfrasis: consolidar clases, taxonomías e identidades, y al mismo tiempo engendrar diferencias de sentido, inscribir matices, alentar gamas de significación que hacen que una paráfrasis jamás sea simplemente una imagen especular de una frase originaria. Pero incluso al engendrar estos patrones de identidad, estas zonas de aparente convergencia de sentidos, la retórica introduce en la tensión entre enunciados una “diferencia de potencial” irreductible. Engendra el desarrollo de trayectos “paralelos” de significación. Así, la relación entre un enunciado y sus paráfrasis preserva la “correspondencia” entre facetas de significación fincadas en la “conformidad de sus dependencias”, en sus filiaciones, en sus genealogías y derivaciones compartidas, y hace surgir la singularidad de cada enunciado. La retórica, así, deriva en un doble juego: engendra clases de identidad entre enunciados, pero ahonda también sus rasgos diferenciales. Hace incidir la creación de sentido en un juego dialógico de correspondencias, indicaciones, huellas, referencias enlazadas, desplazamientos compartidos de sentido y fuerzas enunciativas equiparables. Estos “sentidos afines” no constituyen un “núcleo invariante”, un fundamento o un eje de sentido; las afinidades son creadas por la propia relación parafrástica. No la anteceden, derivan de ella, responden a la multiplicidad de fuerzas, de incidencias, a la constelación de acontecimientos de sentido que se expresan en la aprehensión parafrástica. Esos sentidos “afines” —formal o genealógicamente— llevan tanto la huella equívoca de la acción del sujeto y sus aconteceres como la huella de la forma engendada por las diferencias culturales y las tensiones surgidas de experiencias diferenciadas de la historicidad.

Se revelan aquí modalidades disyuntivas de la paráfrasis, derivadas de la distancia y la tensión aprehensible entre el enunciado de partida y su paráfrasis: esta distancia es, necesariamente inconmensurable, incalculable, propia del paralelismo de los enunciados. En la paráfrasis esa “distancia enunciativa” es al mismo tiempo ineludible e incalificable. Esta conjugación de condiciones engendra, así, las estrategias del “apego” —que no es fusión, que no es intimidad ni pérdida de identidades singulares, que preserva la distancia pero también responde a la fuerza de la *correspondencia*—. El apego, que no es otra cosa que eso que se percibe como exigencia de “fidelidad” al sentido primordial del otro, una perseverancia en la búsqueda de una proximidad al sentido percibido y reconocido en el otro enunciado, reconocido en su singularidad. El apego designa, al mismo tiempo, un patrón perceptual, una compenetración cognitiva y una respuesta persistente, afectiva, a las identidades surgidas de la propia relación parafrástica. El apego marca modalidades de sentido: es decir, designa el arraigo cognitivo y afectivo que vincula al sujeto tanto a su propio enunciado como al acto enunciativo y a los enunciados del otro. Toma, así, radicalmente la forma de una acción dialógica. La exigencia del “apego” define, como rasgo del proceso de enunciación, lo que Wittgenstein denominaría un “juego del lenguaje”. El diálogo desde el apego asume una negatividad constitutiva: reclama, por una parte, participar de esa tensión entre integración en una clase de enunciados, asunción de una identidad y acentuación de las tensiones y los juegos diferenciales; por la otra, la figura del “apego” —acaso podría decirse, incluso, del amor— exige un trabajo de disipación de la diferencia, renegar de la propia identidad afirmándola, un trabajo negativo sobre las fuerzas de diferenciación que emergen de las diferentes posiciones enunciativas —la del enunciado de partida y la de la expresión parafrástica—. La paráfrasis está marcada por esta fuerza irreparable de un diálogo anómalo, de una hermenéutica enrarecida por la fuerza de la exigencia ética —y acaso política— del apego. No obstante, no es posible formular ni una retórica propia ni una aproximación metalingüística que responda a los reclamos del apego. Éste tampoco supone un régimen expresivo y un orden formal inequívoco de patrones de expresión lingüística o discursiva. Su sentido emerge de un “modo de usar” los enunciados. No se trata sólo de un modo de com-

prender el enunciado de partida para recrear una identidad imaginaria de sentido, tampoco sólo de un modo de creación de enunciados en el vértice de “conformidad”, correspondencia y singularidad de las formas, sino un modo de vincularse —inteligibilidad, afección y responsabilidad— con el mundo invocado y expresado por la enunciación del discurso de partida.

LA PARÁFRASIS COMO JUEGO DE LENGUAJE: SITUACIÓN PARAFRÁSTICA Y FORMAS DE VIDA

Es posible admitir que la enunciación destinada a construir, refrenar o exhibir el apego, a pesar de llevar el peso de este rechazo negativo de la identidad, y de una afirmación de la singularidad, sea un modo de actuar enunciativo claramente reconocible, tanto por quien enuncia la expresión de partida como por quien enuncia la paráfrasis, y aquellos destinados a aprehender esta relación —lectores, auditorio—. La paráfrasis parece ofrecer el carácter de evidencia. Su reconocimiento cobra, en ocasiones, el aspecto de lo obvio, lo inequívoco, lo que se da de una manera abierta e inmediata. Así, los enunciados del apego forman una clase reconocible, pero indeterminada, abierta en sus recursos expresivos, en sus formas lingüísticas y en las huellas que hacen posible reconocer y evaluar su relevancia. Responden a lo que Wittgenstein caracterizó como “juegos de lenguaje”. Se trata de un juego de lenguaje cuyo objeto privilegiado es la significación de un enunciado patente, latente, tácito, indicado o inferido. Esta calidad particular del juego del lenguaje que consiste en un modo de usar la significación para iluminar el modo de significación otro, otra significación enunciada y modalizada desde otras condiciones, en otra situación, respondiendo en ocasiones a otra forma de vida.

Wittgenstein había caracterizado los juegos de lenguaje de una manera particularmente desconcertante. Después de comparar múltiples regímenes de acción que denominamos “juegos” y corroborar la constelación de diferencias que los hacen inconmensurables entre sí, sin por ello dejar de integrar una clase común, llega a una propuesta sintética:

Discurso, teoría y análisis 32, 2012: 11-44

66. (...) Vemos una complicada red de parecidos que se superponen y entrecruzan. Parecidos a gran escala y de detalle.

67. No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión “parecidos de familia”, pues es así como se superponen y se entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre miembros de la familia: estatura, facciones, color de los ojos, andares, temperamento, etc., etc. —Y diré: “Los juegos componen [*bilden*] una familia”.⁶

No hay relación de repetición, de mimesis, entre rasgos que definen ese conjunto de acciones que llamamos juego. Hay una forma abismal de un proceso de “dar forma” que a su vez emerge de otros procesos de dar forma. Se “da forma” a los juegos que “dan forma” a enunciados y acciones que a su vez dan forma a una familia. Cada juego surge de un “dar forma” a cierto conjunto de acciones que se integran en una fisonomía sin una forma específica: una conjugación móvil de perfiles difusos y, sin embargo, inconfundibles. Lo que marca la relación de un juego y otro es la correspondencia entre estas modalidades de “dar forma”. Sin embargo, ninguna de estas modalidades de composición abismal, de un “dar forma” recursivo, culmina en una clase cerrada.

Puede decirse que el concepto de “juego” es un concepto de bordes borrosos. —“¿Pero es un concepto borroso en absoluto un concepto?” — ¿Es una fotografía difusa en absoluto una figura de una persona? Sí.⁷

El juego es una figura borrosa que se muestra. Requiere un acto ostensivo. Wittgenstein insiste en la elocuencia del acto ostensivo, de una *deixis* orientada a hacer surgir la fisonomía inequívoca del juego. Cómo enseño al otro que es un juego: diciendo “éste es el juego” y “éstas son las acciones que le dan forma”. El acto de ostensión integra el concepto al mismo tiempo que transfigura sus contornos.

Se ve con claridad que más allá de algunas similitudes, cada juego supone un espacio que le es propio, un universo de reglas que es incomparable con otros juegos, que involucra actos y habilidades completamente distintos y que suscita actitudes, emociones, capacidades,

⁶ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas* (versión bilingüe), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Crítica, 1988, pp. 87-89.

⁷ *Ibidem.*, p. 91.

tiempos, ámbitos y posibilidades de uso que lo distinguen radicalmente de todos los demás juegos. De ahí una afirmación sustantiva: la definición de juego aparece como algo constitutivamente indeterminado. Se hace imposible proponer un perfil y un régimen de diferenciación nítidamente establecido que definan la clase general de los juegos, una invariante con contornos inequívocos. Al referir el concepto de juego a las formas de uso del lenguaje, Wittgenstein emplea, a su vez, juegos de paráfrasis. Alude a modos de referir específicos cuya variación deriva de la intervención de operaciones de síntesis y análisis que son, por una parte, cognitivos, pero también son, por otra parte, referidos a las lógicas de los procesos taxonómicos y léxicos de la lengua, pero son modos de referir que remiten incesantemente al proceso de “dar forma” y a la ejemplificación con figuras, con imágenes. A partir de ellas, en una traslación incesantemente parafrástica, Wittgenstein elucida las condiciones propias, difusas, del concepto de juego. Más que admitir la posibilidad de una definición, de una designación acotada, reconocible, los juegos de lenguaje señalan *ámbitos inciertos* de regulación y patrones de composición de rasgos, propiedades y calidades de la acción difícilmente reconocibles en su operación puntual. Sin embargo, lo que los hace reconocibles es su capacidad de creación eficiente de formas expresivas, lingüísticas, analíticamente discernibles, incluso al margen de la literalidad de sus enunciados y de la expresión proporcional de sus significaciones.

La paráfrasis parece responder con claridad a uno de estos juegos de lenguaje. Kripke advirtió ya que la noción de regulación, elemento cardinal en la comprensión de los juegos de lenguaje, involucraba cuando menos otras tres categorías: la noción de *acuerdo*, la noción de *forma de vida*, que confiere su relevancia a la noción de juego de lenguaje como un universo de reglas al mismo tiempo indeterminado y estable, cuya identidad deriva específicamente de la realización del *acuerdo*, y la de *criterio*, como condición que señala, desde un entorno, desde un conjunto de umbrales situados más allá del juego, los umbrales del uso de la regulación. Kripke cita a Wittgenstein: “un proceso interno se sustenta necesariamente de criterios externos”.⁸ Kripke apunta una paradoja que

⁸ Saul A. Kripke, *Wittgenstein. On Rules and Private Language*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, p. 99.

surge a partir de que, en el proceso interno de regulación, el uso de las nociones, su significado, referido a una sensación necesariamente interna, es reconocible solamente a partir de criterios externos, extraños. La interioridad de la sensación toma su identidad de los criterios extrínsecos a ella. En el caso de la paráfrasis, es posible advertir una condición semejante: la aprehensión de la correspondencia entre enunciados parafrásticos es, como se ha dicho, más del orden de una “sensación semántica”, de una aprehensión inmediata, de una “correspondencia icónica” entre “modalidades del dar forma” a los enunciados en “situación parafrástica”, que de una inteligibilidad expresa de las reglas de formación de los enunciados. Así, *acuerdo*, *forma de vida* y *criterio* no definen específicamente un perfil y una orientación definida para la génesis del uso de conceptos, segmentos de lenguaje y enunciados, y por lo tanto tampoco definen la naturaleza de la significación.

En el caso de la paráfrasis, la noción de acuerdo cobra facetas abiertas, insólitas, que remiten a diversos grados de proximidad, pero nunca a coincidencia. Remiten al mismo tiempo a una situación específica, a una forma de acción recíproca que en el caso de la paráfrasis no es sino una “enunciación del apego”. El apego como una pretensión de proximidad, de “intimidad”, en esa correspondencia del dar forma. La condición de proximidad sin coincidencia está presente permanentemente en la noción de paráfrasis y abre la vía para la comprensión de la tensión diferencial inextinguible entre los enunciados parafrásticos.

LA PARÁFRASIS COMO RESONANCIA SEMÁNTICA

Es posible advertir que el tipo de relación que se establece entre los enunciados, y a la que alude en particular la paráfrasis como juego de lenguaje, guarda cierta similitud, por lo menos metafórica, con ciertos procesos dinámicos que han llevado a acercamientos teóricos tanto de la biología como de la termodinámica o la matemática, designados con la noción de *resonancia*.

La noción de *resonancia* supone una interacción entre procesos, señala una “correspondencia entre formas” acotadas por un conjunto de

factores:⁹ una noción de forma, una noción de proximidad, una condición de acción recíproca y, en el caso de la significación, un proceso de recomposición recíproca de las significaciones —el enunciado parafraseado no mantiene invariante su significación a partir de la paráfrasis—. El significado original sufre una presión, una torsión que lo desplaza hacia una “variante de sentido” en consonancia con la que ofrece el enunciado de paráfrasis que modifica en esa confrontación también las latitudes y los matices de su propia significación. Se trata de lo que podríamos llamar un efecto de “reconocimiento”. Desde su particular acento en la visión hegeliana, la noción de reconocimiento remite a su vez a modos de identidad surgidos de modos de cognición de sí. Éstos, a su vez, no pueden darse sino a partir de modos de acción normada y sometida a valores, modos de atribución de sentido a la propia acción, modos de asumir la propia relevancia a partir de asumirse inscrito en el dominio del otro. La paráfrasis, así, reclama una *integración íntegra* en ese reconocimiento, en cuyo fundamento está un reconocimiento primordial, el de la relación de correspondencia y confrontación entre actos de lenguaje. Es decir, el *acto* parafrástico requiere ser reconocido como tal por el otro, requiere también ser identificado en su enunciación y relevancia, y este reconocimiento trastoca el sentido, la identidad, el significado y la relevancia del otro acto enunciativo. El acto parafrástico requiere ser reconocido como una acción de “poner en correspondencia” estas formas autónomas de significación, hacer surgir su identidad, desplazar las fronteras de la identidad a partir de la fuerza afirmativa del acto enunciativo. Tanto la resonancia como las formas sometidas a reconocimiento se revelan como partícipes de este reconocimiento.

⁹ René Thom ofrece, a partir de la matemática de la morfogénesis, una definición formal de la noción de resonancia: “consideremos dos diapasones idénticos D , y D' , y supongamos que D comienza a vibrar. Si aproximamos D y D' , D' comenzará a vibrar por resonancia con D ; una parte de la energía cinética de D va a transferirse, de esta manera, al diapazón D' , que vibrará entonces sincrónicamente con D . Existen como punto de partida dos sistemas dinámicos completamente independientes, S y S' , que presentan, ambos, sistemas dinámicos estables, R y R' . Si aproximamos estos sistemas entre sí de manera que puedan interactuar libremente, el sistema compuesto obtenido así se volverá inestable: en lugar de que tengamos el simple producto topológico $S \times S'$ de ambos sistemas, con el producto $R \times R'$ habrá una degeneración hacia un régimen común más estable, el régimen de resonancia”, René Thom, “Topologie et signification”, en *Modèles mathématiques de la morphogénèse*, 10/18, París, Union Générale d'Éditions, 1974, p. 198.

Como se ha hecho evidente, la noción del *reconocimiento* involucra necesariamente una cierta comprensión de la noción de *interacción*. La supone enteramente. El reconocimiento no puede concebirse sino como una modalidad de la interacción. Pero la paráfrasis involucra simultáneamente a un vasto conjunto de acciones, invocaciones, presencias y ausencias. No es una acción simple. Es apego, reconocimiento, dar forma, engendrar modalidades de proximidad y diálogo, dar lugar a la composición de correspondencias entre enunciados. La noción de reconocimiento se ramifica, así, entre las dimensiones que definen la concurrencia de los actos específicos que participan del reconocimiento como creación de identidad sustentada sobre una tensión en permanente transfiguración. Así, la noción de paráfrasis supone también una comprensión intrínseca, implícita del vínculo con el otro. Los rasgos diferenciales que establecen la correspondencia entre la acción enunciativa y la acción parafrástica, como hemos insistido, no surgen de las características formales de los enunciados. Derivan de la dinámica intrínseca del proceso de reconocimiento y el modo en que se plasma en figuras y figuraciones de sentido que emanan de las condiciones singulares del reconocimiento, siempre en “situaciones de paráfrasis”. Es decir, situaciones en las que se experimenta un derrumbe de la relevancia y de la identidad de la enunciación, del enunciado, o de la modalización de los enunciados.

LA PARÁFRASIS COMO INTERACCIÓN INTERPRETATIVA

La relación entre paráfrasis e interpretación es elusiva, difusa, indeterminada. Las fronteras entre una y otra se desplazan de manera inadvertida y con frecuencia se enlazan, se interfieren, se conjugan, se mimetizan, se confunden. Un eje, sin embargo, señala la posibilidad de una tensión diferencial entre ellas. La interpretación surge necesariamente como respuesta a una experiencia de la opacidad del texto. La paráfrasis desborda esta condición. A diferencia de la interpretación, si bien ambas, interpretación y paráfrasis, pueden surgir de una condición análoga —una oscuridad patente de un enunciado o de una modalidad de enunciación que reclama esclarecimiento—, la paráfrasis responde a “situaciones de

paráfrasis” que exceden, con mucho, la simple opacidad del texto. Se produce en contextos de interacción cuyas condiciones y situaciones específicas reclaman un desempeño expresivo que exige o bien la conformación o la restauración de los hábitos de significación, o bien la confrontación con un quebrantamiento, una ruptura, un enrarecimiento conflictivo que somete al universo simbólico a una vacilación o a un profundo desmantelamiento. La paráfrasis es la expresión de un reclamo y un deseo de la preservación de la tensión dialógica en la composición de actos de enunciación —la enunciación de partida y la enunciación parafrástica— a partir de la aprehensión reflexiva de los lenguajes. La paráfrasis surge del movimiento reflexivo y del reconocimiento en esta tensión enunciativa. De ahí su relación también equívoca con la alegoría. Si la alegoría es un recurso de construcción de la inteligibilidad a través de una exacerbación de la fuerza metafórica ampliada a la relación entre relatos, y si la alegoría no puede darse sin hacer patente una situación histórica específica —podríamos llamarla, en correspondencia, una “situación alegórica”—, sin una referencia fundamental a una dislocación de las formas de vida, su correspondencia con la paráfrasis es a un mismo tiempo íntima y exorbitante: la paráfrasis aparece como un recurso inherente de construcción de la alegoría, mientras ésta aparece con un horizonte o un marco de inteligibilidad de la paráfrasis.

Pero acaso más próxima, más cotidiana, más habitual que la alegoría, la relación entre reconocimiento, interpretación y paráfrasis ocurre en el intercambio irónico. Es posible admitir, como sostiene Dan Sperber, que la *interpretación* de la ironía como una modalidad de la paráfrasis no deriva en absoluto de la posibilidad puramente gramatical y semántica de inversión del sentido, ni siquiera de una posición interpretativa del sujeto frente a los enunciados irónicos. En la ironía, la inversión de sentido, con todas sus potenciales significaciones suplementarias —crítica, rechazo, distanciamiento, humor, agresión, supremacía—, deriva sustantivamente de una relación de reconocimiento enunciativo que subyace al vínculo comunicativo. Esta relación no es sino un reconocimiento mutuo que deriva en el acuerdo tácito engendrado por un horizonte común de significación. Sperber le llama una relación de *complicidad*. En la ironía:

Discurso, teoría y análisis 32, 2012: 11-44

El enunciado [irónico] explicita directamente una parte de la representación conceptual que mi interlocutor ha querido incitarme a construir. Yo completaré esta representación mediante el cálculo de los sobreentendidos del enunciado, es decir, estableciendo el lazo entre la proposición enunciada y el saber movilizado que comparto tácitamente con mi interlocutor. Nunca se explicita todo lo que se quiere hacer comprender, no por ocultar algo, sino, por el contrario, porque es a partir de una explicación parcial como el resto puede reconstruirse como obvio.¹⁰

No obstante, la caracterización de este saber tácito asumido recíprocamente por uno y otro de los enunciadores en el acto comunicativo no esclarece de manera alguna las condiciones específicas que deben satisfacerse para que se comparta este conjunto de reglas tácitas de la ironía: la cancelación de la literalidad y la recreación de un sentido negativo del enunciado. La ironía expresa, de manera difusa, con vacíos, silencios, tensiones y formulaciones tácitas, una paráfrasis que aparece como el sentido invertido de la frase de referencia: una correspondencia de sentidos, un núcleo de significación tácita compartida que no corresponde a la literalidad ni del enunciado de referencia ni del enunciado en posición parafrástica. La paráfrasis, así, parece abandonar radicalmente la forma canónica de la significación. Ésta parece no surgir de la palabra y, más bien, derivar completamente de la propia relación entre enunciaciones, que se expresa en una síntesis negativa de la relación de correspondencia semántica entre los enunciados. El sentido de esta complicidad, como el foco común enunciativo que hace posible la paráfrasis negativa de la ironía, no puede ser sino un vértice imaginario que rige las correspondencias potenciales entre entidades significativas.

LA PARÁFRASIS: LA METÁFORA GEOMÉTRICA

Para comprender la particular correspondencia entre los enunciados parafrásticos sería posible también acudir a otra metáfora, de origen geométrico. La que insiste en advertir entre los enunciados vinculados parafrásticamente un cierto “paralelismo”. Las paralelas son trazos

¹⁰ Dan Sperber, *Le symbolisme en général*, París, Hermann, 1974, p. 137.

equidistantes en movimiento pero cuya separación carece de magnitud determinable y, acaso, de relevancia. La noción de paralelas involucra al mismo tiempo una relación de identidad formal, figural, entre lugares geométricos, un movimiento tácito en las líneas que se mueven hacia un punto común situado en un horizonte de convergencia. Se dice de las paralelas que convergen en el infinito. El carácter paradójico que esta definición exhibe en el espacio tridimensional euclidiano se revela ilustrativo en otras geometrías. Sin embargo, la noción del punto de convergencia de las paralelas, en el caso de la paráfrasis, no es otra que el sentido imaginario atribuido a la composición de acciones enunciativas: ahí donde el acto de enunciación del enunciado de partida entra en íntima correspondencia con el acto de enunciación parafrástico. Ese lugar imaginario supone al enunciador, a su voz, a la forma de sus enunciados, cuya acción enunciativa entra en composición con el otro enunciador, pero eludiendo, permanentemente, la tentación de la identificación, reemplazándola por la relación de apego. No obstante, la identidad de ese punto de composición en el vértice de los dos procesos es indeterminada. La identidad de cada enunciador surge con un perfil imaginario, gobernado no sólo por impulsos deliberados de la conciencia, pensamientos reflexivos y anticipaciones del proceso de significación, sino también por efigies, fantasías, interferencias pulsionales, afectas a la deriva, arraigadas a zonas arcaicas de la experiencia, que se ciñen a la exigencia del apego. Al situar el foco de coincidencias de las paralelas en el punto imaginario de la composición de subjetividades enunciativas se invoca también la participación de una experiencia extraña: no corresponde ni a la enunciación del enunciado de partida ni a la enunciación parafrástica. Es una experiencia en fusión, de naturaleza similar a la invocada por Benjamin en su reflexión sobre “El narrador”; una experiencia que no puede ser situada en un foco específico no responde a una subjetividad definida, no tiene otra identidad que la que le confiere la situación de vínculo. No obstante, la noción de experiencia, más que un ámbito de concordancia o de fusión, señala un régimen de puntuación. Da lugar al surgimiento y a la aprehensión de una forma específica de la comprensión que no está circunscrita a los patrones de la forma lingüística instituida. Elude incluso la forma lógica que podría estar involucrada en la composición de los conceptos.

Discurso, teoría y análisis 32, 2012: 11-44

Acto incesante de recreación, creación, consolidación e imaginación de formas expresivas en consonancia, en resonancia, en un juego de apegos y reconocimientos recíprocos, en la permanente tensión de la emergencia de significaciones singulares, de nuevos perfiles para las situaciones de proximidad, de encuentro enunciativo, la paráfrasis permanece como un territorio incierto, abierto. Una exploración sin término.

México, D.F., junio de 2012.

BIBLIOGRAFÍA REFERIDA

- BARTHES, Roland (2002). "L'ancienne rhétorique". En *Oeuvres complètes III*, 5 vols. París: Seuil.
- FUCHS, Catherine (1982). *La paraphrase*. París: Presses Universitaires de France.
- FREGE, Gottlob (1986). "Über Sinn und Bedeutung". En *Funktion, Begriff und Bedeutung*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- JAKOBSON, Roman (1963). "Les embrayeurs, les catégories verbales et le verbe russe". En *Essais de linguistique générale*. París: Minuit.
- KRIPKE, Saul A. (1982). *Wittgenstein. On Rules and Private Language*. Cambridge: Harvard University Press.
- SPERBER, Dan (1974). *Le symbolisme en general*. París: Hermann.
- THOM, René (1974). "Topologie et signification". En *Modèles mathématiques de la morphogénèse*, 10/18. París: Union Générale d'Éditions.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1988). *Investigaciones filosóficas* (versión bilingüe). México: Universidad Nacional Autónoma de México/Crítica.